

Julían Marías
 “*La descalificación de España*”

“El curso del tiempo I”
 ALIANZA EDITORIAL (1988)

Si alguien quisiera de verdad mejorar a fondo el horizonte que se presenta ante los españoles, pienso que debería desentenderse de *todas* las cuestiones de que hablan los políticos, y empezar por algo que es mucho más urgente, condición de todo lo demás, incluso de ocuparse luego, en su momento, de esas cuestiones.

Lo que está en curso, lo que se hace desde muchos puntos de vista, por parte de muy diversas fuerzas, incluso algunas que ni lo sospechan, es la *descalificación de España*. Se está tratando de convencer a los españoles de que su país no vale la pena, no es nada interesante, no lo ha sido nunca ni lo será en el futuro. Casi todo lo que se lee en periódicos y revistas, se escucha en la radio o se ve y se escucha en la televisión trata de fomentar esa persuasión. El mundo oficial se hace eco —o fomenta— todo lo que se hace en ese sentido. Los diversos “nacionalismos” dentro de España practican un narcisismo lo-

cal excesivamente provinciano y algo cómico, y, como están muy inseguros, lo refuerzan con una paradójica execración del conjunto de esas maravillas particulares.

Podría uno preguntarse qué se persigue con todo ello, para qué sirve, cuáles son sus consecuencias. Creo que la cosa es bastante clara: el desencanto, el desánimo, y con ello la resignación. Si no tenemos arreglo, ¿qué más da? Esta es la convicción que insidiosamente va penetrando en la mente de innumerables españoles dispuestos a “entregarse”, que es precisamente lo que interesa. Hay un ejemplo de tal volumen que casi dispensa de otra prueba.

El título mayor que tiene España para ser considerada como una nación excepcionalmente creadora, inventiva, eficaz y fecunda es ser autora de la gigantesca operación que llamo el *injerto* español en América, la formación

de un continente hispanizado, con antiguas sociedades indígenas que han perdurado, modificadas, con amplísimo mestizaje, incorporadas al mundo histórico, a la cultura occidental, al cristianismo, a tener como lengua *propia* la española, una de las tres o cuatro que han sido vehículo de lo más creador y refinado del mundo moderno. Pues bien, se está intentando, con todo género de complicidades, que la conmemoración de lo más importante de la historia de España se convierta en algo negativo, de lo que habría que avergonzarse, y especialmente los nietos de los que realizaron la inmensa, casi increíble hazaña, es decir, los hispanoamericanos descendientes de los descubridores, conquistadores, pobladores y constructores de la América de lengua española.

En 1985 publiqué un libro titulado *España inteligible* que, si no me engaño, cumplía lo que prometía el título. Frente a la idea irresponsable pero difundida de que España es un país anormal, ininteligible, conflictivo, destructor, mostré que, si se lo mira desde dentro y usando la razón —la razón histórica, se entiende—, se descubre un proyecto histórico coherente, que permite entender una historia que resulta más inteligible que la de las demás naciones de Europa. Y, contra lo que siempre se supone, una de las menos violentas del continente —salvo que España ha tenido, por desgracia, una gran violencia *reciente*, que encubre el hecho de su relativa escasez en el pasado—. Se podría ver el inmenso papel de España en la historia europea, su condición de catalizador de la

modernización desde fines del siglo XV, la dimensión personal y propiamente humana a lo largo de las diversas fases de ese largo proyecto no interrumpido. En una palabra, el extremado *interés* de esa variedad histórica a la que pertenecemos.

La reacción a ese libro ha sido mixta: la de los lectores, excelente —lleva seis ediciones, lo que no es poco—; los comentarios *españoles* han sido muy escasos, y hay que señalar el casi total silencio de los historiadores, con un par de excepciones, y de los que tienen actitudes políticas definidas. Sé que ha habido reacciones de viva irritación entre los que no pueden soportar que se muestre una España interesante, creadora y, por consiguiente, con porvenir.

En el campo de lo político, la descalificación del “régimen anterior” está generalizada, incluso entre los que lo glorificaron, defendieron y en todo caso apuntalaron con su apoyo. La descalificación del “régimen” me parece plenamente justificada, tanto que la ejercí desde que empezó, no cuando terminó. Pero en modo alguno la extendí, ni la extiendo ahora, a *España*, a la realidad de nuestro país durante estos cuarenta años cuyo aspecto político me pareció indeseable. Ahora se da una imagen falsa y ridícula de lo que fue la vida española durante cuatro decenios en todas sus dimensiones, incluidas las que fueron admirables, alguna vez heroicas. Y se intenta borrar todo lo que los españoles, con grandes dificultades y frecuentes riesgos, hicieron durante ese tiempo, que es ni más ni menos el de nuestras vidas.

Por si esto fuera poco, los actuales gobernantes y sus partidarios o dóciles seguidores están dedicados a la identificación de los primeros años de la Monarquía, es decir, los que implantaron la libertad, la democracia, la convivencia y transformaron la estructura política de España, con el “régimen anterior”, empresa que es la más burda falsedad que puede imaginarse. Como esta operación se hace sistemáticamente y con medios poderosos, se está abriendo camino, a pesar de que contradice toda evidencia y se refiere a una época que todos, hasta los jóvenes, han vivido.

Hace pocos días contemplé y oí un diálogo “intelectual” en la televisión en que no sé qué era más notable, si la ignorancia de casi todos los participantes —con un par de excepciones— o su falta de respeto a la verdad. La consecuencia que se desprendía era que España había sido intelectualmente desdénable y lo seguía siendo (porque lo son los que hubieran querido presentar como valiosos).

Mientras no se restablezca una visión adecuada y justa de España, en su pasado y en su presente, mientras no se examine críticamente esa realidad, se tenga conciencia clara de los errores cometidos y de los valores creados, de las ilimitadas posibilidades de uno de los grandes pueblos de Europa, de la significación que tiene el ser origen y vínculo de la comunidad de países hispánicos, el horizonte histórico de los

españoles aparecerá obturado, sin esperanzas, sin ilusión, y la desconfianza se apoderará de ellos.

¿Qué más pueden desear los que pretenden manipularlos, adormecerlos, conseguir su resignación y su apatía? ¿Quién va a pensar que el porvenir está abierto, que puede haber proyectos incitantes, que España puede ser uno de los países más inventivos, precisamente por apoyarse en una larga memoria histórica, en una continuidad proyectiva que sorprende cuando se toma conciencia de ella?

Esta es la *condición* inexcusable de toda política que pretenda ser valiosa y eficaz. Las cuestiones “intrapolíticas”, las que suelen debatirse en el seno de los partidos, en la prensa, muy poco en el Parlamento, son secundarias, y por ello vienen después. Mientras no se ejecute la operación de repensar la realidad española, de poseerla, de eliminar la descalificación dominante, no habrá nada que hacer. Hasta ahora no veo que nadie, en la vida pública, “despegue”, reacciones contra las deformaciones y la mezquindad, contra la ignorancia y el provincianismo, muestre ante los ojos de los españoles la riqueza de su realidad, en la cual hay que incluir, por supuesto, los errores del pasado y las dificultades del presente.

El día que los españoles estén persuadidos de que “vale la pena” esforzarse, todo será posible.

